dicho, no debemos contraer en ciudad ninguna amistades ni afectos; ni recrearnos con sus paisajes; ni asimilarnos lo que de sus hábitos nos convenga. El ministerio está ahí que nos llama, nos traslada y nos aleja. La hospitalidad con que nos brindan, nulificada; las caras bellas y los brazos amigos incapaces de retenernos. Soldados á nuestra manera, somos ésclavos de la consigna que nos manda viajar, viajar siempre, con la certeza de no trasponer dos veces el mismo umbral. País que hemos habitado y que abandonamos, no volvemos á verlo; tenemos que suplir con recuerdos, que apelar á la memoria, voluble de suyo, el placer de un retorno imaginativo, si estuvimos contentos.

El mismo vapor que me condujo á Centro-América, el *Colima*, fué el que me devolvió á San Francisco de California. Embarcado ya, volví á contemplar la costa: una línea recta y esfumina-da. Hice un balance y no me había ido mal en Guatemala; tres cosas veía yo con ternura, allí en la playa: el diploma de la Academia; mi primer libro publicado, y, poetizándolo todo, los ojos de mi querida, negros, amantes, inolvidables y adorados!...

XII

MI PRIMER LIBRO

La intención de escribir un libro me vino mucho tiempo antes que mi nombramiento de secretario de legación; me vino á raíz del éxito de "La señorita Inocencia", durante una enfermedad que me hizo guardar cama cerca de dos meses. Y me vino por ambicioso; porque no me conformaba con fabricar revistas semanales para un diario, revistas que podían darse de santos con vivir sólo un día; porque los aplausos que recogí con mi traducción no me fueron bastantes, precisamente á causa de que me colocaban de traductor, bueno ó malo, pero siempre de "traductor". Quería algo más; hacer algo mío de los piés á la cabeza, así me saliera un engendro ó un aborto. Ser "autor" pésimo parecíame preferible á ser "traductor" no-

tabilísimo, y sigue pareciéndomelo. Por varios meses anduve con un libro informe dentro de mi cabeza, que me amargaba diversiones y paseos, que me obligaba á huir de amigos y visitas. Él me pedía salida y yo no podía dársela, no sabía cómo se hacían esas cosas; era yo un "primerizo" ignorante y pusilánime. Debía estar imposibilitado para empresas de tal altura, y recordé mi fiasco en *El Diario del Hogar* cuando Filomeno Mata se empeñó en que escribiera yo historietas ó cuentos para los números literarios de los domingos. Me resultó una monstruosidad que por todas partes mostró su trama mentirosa y burda; quedó demostrado que carecía yo de inventiva, que nunca llenaría un folletín con maniquíes sacados de mi fantasía.

Sin embargo, era la novela la que me atraía y la que se defendía de mis merodeos; testigos: bastantes cuartillas manuscriptas y despedazadas, allá en mi elevado cuarto de Iturbide, porque no me satisfacían. Volví la cara á nuestros novelistas ya consagrados, en busca de rumbos y derroteros; no me remonté mucho, me quedé con los novelistas de ayer y ningún rumbo me dieron. Llenan una librería, han escrito mucho, mas lo mucho que han escrito, fuera de una que otra página llama-

da á perdurable vida, antojóseme empolvado, con telarañas casi y con pequeños resabios de los novelistas españoles anteriores á Alarcón, Pérez Galdós y Pereda. No eran de mi época; hablaban á la manera de los conocidos viejos de mi casa, los que con mis padres lamentaban el desaparecimiento de tiempos mejores y marchitos. Del grupo, y escarbando bien, caíame de cuando en cuando, un brillante, como: "Una rosa y un harapo" del viejo Ramírez; obra interesante y romántica, que interesa más todavía al que cual yo ha conocido á su autor—muerto hace poco—en su decadencia desconsoladora y prolongada; en su odisea diaria al través de las redacciones; tuteándonos á todos ancianos y mozos; aquí, dando hermosura á un período mal nacido; allá, proponiendo en venta una pipa usada, un lapicero de metal; y arrastrando por calles y cafés su bastón nudoso y sus piernas de valetudinario; encorvado el cuerpo; el bigote, amarillento por el cigarro; á medio caer los anteojos; las canas de la cabeza escapándosele debajo del sombrero, como copos de nieve; personificación perfecta de lo que era: una víctima de la pluma y un vencido de la vida.

Y fué un contemporáneo, Emilio Rabasa, quien con sus novelas recién publicadas me dió sin sa-

berlo la solución que yo necesitaba para aventurar mis tentativas. No pintaba la luna, ni aventuras extraordinarias, ni amores inverosímiles, sino que pintaba sucesos y personas que nos eran conocidísimos, que nos sabíamos de memoria; y sacó á luz nuestros pueblos, nuestra capital; no se sonrojó de hablar de calles como la del Puente de Monzón, ni de nuestras casas de huéspedes; mas lo hizo con tal arte y con tal verdad de colorido, que yo me dije:

—Si el arte te falta, adquiérelo; pero ya tienes ahí el secreto. Pinta y habla acerca de lo que veas y de lo que hayas visto; esa es la novela que buscabas, la que siempre interesa y la que siempre vive.

Me asomé entonces á mi humilde paleta, había colores. Juventud pobre; dos años en un juzgado de lo civil y dos en uno de lo criminal, es decir, de un lado la sociedad culta, la que gasta carruaje y se confiesa, va al club, al teatro, á los bailes, y en sus litigios judiciales pone al desnudo reconditeces asquerosas; y del otro lado, los pobres, los viciosos, los que roban en las casas y los que ma tan donde pueden; todo un mundo. Unido á esto, mi temperamento de amoroso y de neurótico, mi práctica de periodista, alguna observación, algu-

nas espinas de los senderos de mi existencia: podía pintar!

Y encontrada la vía, sobraban los viajeros, al alcance de la mano, sin más trabajo que el de selección. En el primer momento no sabía por cuáles decidirme; estaba yo como los chiquillos que van á una juguetería y quisieran llevarse todos los juguetes, éste por una cosa, aquél por otra. El título llegó por sí mismo "Del Natural"; le añadí lo de "esbozos" porque no me sentía fuerzas para un cuadro; ya vendría él si el público lo permitía. Y sin saber de teorías ni escuelas dominantes ó de moda; sin consultas, censuras ni ayudas; con la secreta convicción de que estaba en lo justo y secretos deseos de arribar á lo bello, me lancé á escribir á la buena de Dios esa obra mía que es la más espontánea y consiguientemente la menos trabajada.

El prólogo y unas dos hojas del primer esbozo: "El mechero de gas", los concluí antes de partir para Guatemala. Que el argumento es cierto y ciertísimo, lo comprueba el que muchos lectores mexicanos hayan reconocido á los protagonistas por más que procuré disfrazarlos con lo mejorcito que poseía yo en mi guardarropa. Claro que el hecho no acaeció cual yo lo cuento, pero el fondo

es el mismo. Conocí á la señora en el teatro, cuando nada aún se susurraba; á su marido, jamás le he hablado; de intento no quise que nos presentaran para retratarlo á mis anchas sin que se me tache de desleal ó de indiscreto; y el día en que supe que se habían marchado á vivir á uno de nuestros estados fronterizos—donde lo supongo todavía, ya maduro y con vástagos—en compañía de su esposa, después de una reconciliación que se ha de haber verificado en el seno de la familia, sin que se enteren los curiosos y por disminuir el escándalo, me alegré por la pobre mujer. Nó, aquella mujer no delinquió por vicio ni por curiosidad malsana; sucumbió porque la empujaron, como sucumbe el cincuenta por ciento de las adúlteras en nuestra América española, principalmente, donde el adulterio es planta exótica, aunque por ley fatal comience á adornar algunos *boudoirs* femeninos de distintas categorías sociales.

Conforme avanzaba yo en mi esbozo, más incongruente me parecía su título; primero, porque en México son pocas las casas con alumbrado de gas; sólo se mira en los teatros, en las calles, en los cafés, en el comercio, en las moradas de los ricos y en los templos protestantes; y segundo,

porque aún suponiendo con gas una casa de alquiler ¿de qué diablos iba á servirme para mi asunto? ¿cómo un mechero de gas figuraría por decorosa manera en tan resbaladiza historia? Suprimirlo me causaba pena, pues en mi opinión, comunicaba á la acuarela toda cierto tinte de distinción y aristocracia; hasta llegué á prestarle alientos socialistas y destructores, que fuera la causa de un incendio en el hogar mancillado, un incendio purificador, vengativo; con quemaduras para la infiel y para el ministro y para todo el mundo, los bomberos inclusive. Pero la realidad se reía á carcajadas, me llamaba calumniador, novelista de pega, y desistí del incendio, me declaré por las compañías de seguros. Cómo me estorbó el maldito mechero; más de una semana interrumpió el libro, y durante ella acabé de convencerme de que lo más insuperable para el que principia—y aún para los que terminan—es pintar la verdad, la verdad honrada y bella en arte, la que rechaza falsedades y convencionalismos. La misma verdad me sacó del aprieto; en un caso análogo sucedido en Guatemala y que me contaron pormenorizadamente, una vela que agonizaba en su candelero, formuló la delación con su chisporroteo de cirio funerario y su pábilo retorcido, hecho pavesas;

olvidada en un comedor había ardido la noche entera, mientras á pocos pasos dos amantes se amaron. Por eso mi mechero de gas arde también toda una noche, y su flama amarillenta, en forma de abanico, que la criada apaga á la llegada de Javier, sírvele á éste de pretexto para reñir en broma á Elisa y para aclarar su desgracia. Los capítulos siguientes los escribí en pocos días, dejando de salir á paseo con Roa y con Le Brun, solo en mi cuarto, el balcón abierto, en medio de ese majestuoso silencio de las noches de Guatemala que sólo turban las pisadas de raros transeuntes, pisadas cuya resonancia se prolonga tres y cuatro calles hasta perderse de súbito.

La noche que concluí "El mechero de gas", no cabía en mí de contento; leí alto las 66 cuartillas que lo formaban; corregí pasajes íntegros; redondée otros, y lo diré de una vez, lo encontré bien ejecutado. Hay que considerar que era eso lo primero del género que me obsequiaba mi pluma; mi primer trabajo que presentaba cuerpo, por mucho que éste fuera anémico; el comienzo de mi primer libro. Que me valoricen los del gremio, los que por allí hayan pasado ó estén pasando ¿tenía ó no tenía razón?

***

En compensación, el argumento de "La Excursionista", que es el esbozo número dos del libro, no tiene ni pizca de verdad. Lo imaginé con motivo de un suceso que pudo ser de consecuencias para México y que se verificó en la frontera del norte; una mútua demanda entre un mexicano y un individuo de Texas, un tal Cutting, que estuvo preso en la cárcel de Chihuahua, que exigía indemnizaciones y satisfacciones y que concluyó predicando en sus terrenos la invasión armada á los nuestros. Zanjado el conflicto y con aplauso halagüeño para nuestra diplomacia, quedaba á mi entender, un campo fecundo por explotar, nuevo y oportunísimo. Inventé entonces lo de un filibustero que, disfrazado de mujer, penetra en México con el fin de palpar por sí mismo, si sus muchos connacionales desperdigados en la República lo ayudarían en su empresa guerrera. Debido á la falsedad de la base en que el cuento reposa, salióme éste el más débil del volumen; y para contrarrestar sus pocas fuerzas, me esmeré en que el marco y los detalles fueran exactos. Me paropié toda una excursión de americanos, por

lo cómico y lo pintoresco que en ellos abunda. Año por año y desde que terminaron el Ferrocarril Central—la primera línea que nos abrió diaria comunicación con los Estados Unidos—nos visitan á lo menos dos ó tres excursiones de viajeros de ambos sexos. Llegan muchos, muchísimos, cada vez más; hombres, mujeres, señoritas, niños; hay mercaderes, padres protestantes, literatos, dispépticos y millonarios; hay *misses* rubias, encantadoras, que lo miran todo como si prometieran algo con el casto mirar de sus ojos azules; hay chiquitines endemoniados y blancos, vestidos de marinero, que se conducen en los hoteles y en las calles cual si estudiaran el abordaje por el sistema objetivo; hay solteronas rectas, mal encaradas, la espalda tan lisa como el pecho, lo que al pronto le hace á uno dudar de si van ó vienen; hay periodistas en vacaciones que nos estudian según su leal saber y entender ¡ y así nos ponen ! hay uno que otro sensato y concienzudo, y los grupos enteros son benéficos; protegen la industria, hasta la de ídolos falsificados; animan el comercio; dejan su dinero por dondequiera, sin regatear, francos, ignorantes y serios. Allá en un principio, hace ocho ó diez años, no todo el mundo se aventuraba en las excursiones, eran

una hazaña que pedía meditación profunda de parte de los excursionistas y casi la factura previa del testamento; la prensa de los Estados Unidos, declaraba con tanta formalidad que en los caminos y ciudades de México los ladrones, los bandidos y los rateros nacían por generación espontánea y liberal, que los miembros de las primeras excursiones se nos entraron hechos unos arsenales. Todo México ha de recordar aquellas dos *young-ladies* que pasearon las calles de la metrópoli armada cada cual con un revólver monísimo. Y resultaba triste, en la cintura de dos mujeres bellas, en el voluptuoso calor de su talle, en tuteos con el corsé y oprimidos deliciosamente por el final de sus opulentos bustos, esos dos revólvers mostrando su cañón niquelado entre las flores del pecho y la "limosnera" del vestido.

Además, y por mi condición de huésped antiguo del hotel de Iturbide—el preferido de las excursiones—éstas quedaban á mi inmediato alcance; las observaba á cualquier hora; cuando salían, cuando entraban atormentadas con sus compras; cuando los pequeños comerciantes, los que nunca están en paz con los gendarmes, invadían el patio con loros y cotorras, con muñecos de cera, de trapo, de barro de Guadalajara; con pájaros pin-

tados á mano que andaban por el suelo sin fuerza para tender las alas, melancólicos y mudos, martirizados de antemano por los vendedores. Y era aquel un cuadro lleno de colorido; las excursionistas de gorro y guantes en discusiones á señas, pasándose los objetos, arreglando los precios á grandes gestos sin palabras, por grupos, por parejas; los vendedores, truhanes, con guiños maliciosos, encareciendo la mercancía, aprovechando el sol para hacer resaltar colorines y plumas, mientras los hombres sentados en los sillones del salón, formando semicírculos, los piés apoyados en las columnas, mascaban tabaco, aprobaban desde lejos los contratos de sus esposas y de sus hijas, y al fin sacaban el portamonedas, hacían un recuento sobre la palma de la mano y alargaban la suma prometida, muy contentos, risueños, satisfechos, pronunciando *Mécsico;* poseídos del secreto alboroto de adornar con aquellas curiosidades el hogar lejano, *the home, the sweet home...*

Quise también pintar en mi esbozo al señorito acomodado de México, al niño fino que vive en preocupación perpétua del cuello de sus camisas, de las herraduras de sus caballos, de la librea de su lacayo, del *baccará* de su club y de las bailarinas del teatro. Tipo que no obstante su universalidad, difiere en pormenores debidos al medio en que se desarrolla. Cada nación los bautiza de distinta manera; en Londres se llama *snob,* en Paris *lyon,* en Madrid *sietemesino,* y en México *lagartijo.* Llámasele así porque acostumbra estacionarse contra las paredes y vidrieras de nuestra avenida principal y estar allí una ó dos horas en charla con los amigos, mirando las mujeres que pasan, fumando cigarrillos ó pensando qué hará á la tarde; en una quietud y en una ociosidad sólo comparables á la de las lagartijas cuando toman el sol en los derruídos muros de las casas de campo ó en los troncos de los árboles. Y tenemos el *lagartijo* rico, el *lagartijo* aficionado y el *lagartijo* imitación; yo copié de los primeros, porque son los que más se prestan á emprender la conquista de una extranjera, en razón de que disponen de metales. El muchacho de quien hablo y de quien digo que después de su fiasco "se retiró á la vida privada", existe todavía, aunque por desgracia suya, continúa en la vida pública y activa.

*
* *

El asunto de mi tercer esbozo, intitulado "El primer caso", nació de la cruzada intentada por la prensa para que se admitiese á la mujer en algunas de las oficinas del Estado, correos, telégrafos, etc.; una cruzada nobilísima, llena de considerandos humanitarios, de frases de apóstol; haciendo conocer al público la miseria en que se debate una mujer cuando no hay hombre que la ayude ó la sostenga; los asesinatos que perpetra la máquina de coser; la mezquina retribución que produce la aguja; los abusos de los proveedores del vestuario de la tropa. Una grada más arriba, ocupóse de las institutrices á domicilio, de las maestras de idiomas y de piano; veiáselas, al través de las letras de molde, recorrer la ciudad en sus cuatro vientos, á pie, con un mal traje para todo el año; durante el estío, diezmadas por el tifo, martirizadas por los grandes calores, y durante el invierno, aprovechando el caudal de pulmonías baratas con que México regala á sus hijos en las heladas tardes de diciembre. Hubo su emoción, sus aplausos, sus arranques; así se hace en Europa, así en los Estados Unidos ¿qué es-

perábamos? Y yo el primero encontré muy bien todo aquello, como en efecto lo es; pero ¿acaso por ser bueno dejan de existir los peligros que siempre ocasiona el acercamiento de los dos sexos? Mientras un hombre viva cerca de una mujer, habrá deseos y tentaciones y riesgos; si son honestos uno y otra, la lucha se llevará á cabo por dentro, con algún relámpago indiscreto, lágrimas ignoradas, risas extemporáneas, horas alegres y noches tristes; y si no son honestos, ó aún cuando lo sean, si la pasión es de las fuertes, de las que no se conforman con engañifas ni razonamientos, caerán infaliblemente, con la falsa creencia de que el amor nos desquita y nos cura de las muecas de la vida. Si á ésto se añade el contacto íntimo y diario de una oficina, la mútua libertad en palabras y gestos que consigo trae una labor común, el fastidio que flota por sobre los pupitres y por entre las rejillas de los oficinistas—los que para combatirlo aprovechan la pequeñez más nímia—si se añaden las oportunidades que surgen á millares, los días lluviosos y la salida lado á lado; los malos humores de un jefe que reclaman la expansión y fomentan el odio sordo del inferior al superior; los almuerzos á hurtadillas; la única copa para tomar el agua;